

# Fértil irreverencia

*Marcelo Pellegrini*

University of California, Berkeley

Sergio Waisman,  
*Borges and Translation.*  
*The Irreverence of the*  
*Periphery.* Lewisburg:  
Bucknell UP, 2005

En 1932, Jorge Luis Borges dio a conocer un breve ensayo cuyo título, como sucede casi siempre con este autor, no revela todo lo que se propone, y, más aun, oculta su verdadero fin: “Las versiones homéricas”. Incluido en el libro *Discusión*, el texto, bajo la apariencia de un examen detallado de diversas traducciones, especialmente inglesas, de algunos pasajes de *La Odisea*, es, en realidad, un manifiesto sobre la traducción y sus consecuencias. La frase que abre ese ensayo ha sido citada en numerosas ocasiones; a pesar de ello, no resisto la tentación de hacerlo una vez más: “Ningún pro-

blema tan consustancial con las letras y con su modesto misterio como el que propone una traducción” (1932, 139).

El propósito de esas palabras, podemos intuir, es mucho más que el mero examen de ciertas versiones de Homero. En un gesto que a través de su obra se repite una y otra vez, Borges aborda un tema aparentemente marginal y, a partir de él, se ubica y nos ubica en lo que podríamos llamar el centro de la literatura. El hecho de que “Las versiones homéricas” haya sido incluido en un volumen tan heterogéneo como *Discusión* no deja de ser significativo tampoco; junto a textos sobre el *Martín Fierro*, sobre Whitman, sobre Paul Groussac, la concepción del Infierno y algunas reseñas de películas, entre otros, Borges ubica un ensayo sobre el tema que es, según él, el más consustancial de la literatura. Decidor es también que, en una época relativamente temprana en la vida literaria de Borges, una preocupación así haya surgido de su pluma; recordemos que los años treinta todavía eran testigos de un Borges que venía saliendo de la experiencia ultraísta y del intento por querer hacer de lo local algo universal. El *Martín Fierro* y las versiones de Homero que Pope y otros poetas ingleses habían hecho convivían en él y nos dan, desde la distancia de los años transcurridos, luces sobre sus preocupaciones estéticas. Entre el iconoclasta escritor vanguardista y el consagrado escritor que Borges sería pocas décadas después, la traducción recorre constantemente sus intereses.

Lo descrito en los párrafos anteriores no había sido, a mi juicio, considerado en detalle hasta la publicación del libro *Borges and Translation. The Irreverence of the Periphery*, de Sergio Waisman. Profesor de literatura hispanoamericana en George Washington University, Waisman aborda el tema de la traducción en Borges de manera novedosa, poniéndolo en el centro de sus actividades literarias y como el fundamento de su aproximación a la literatura. Asimismo, aclara que Borges no está solo en esta empresa, y describe el origen mismo de la cultura argentina, en especial su literatura, como un producto de la traducción, y, más aún, como producto de la “mala” traducción, a la que Borges se suscribirá de manera muy entusiasta y de la que será, incluso, su mejor teórico.

Waisman ve los orígenes de la práctica de la (mala)traducción en la cultura argentina en dos hechos fundamentales: el “Salón Literario” de 1837 y la conocida cita francesa que abre el *Facundo*, de Domingo F. Sarmiento (publicado originalmente en 1845), su traducción equivocada, y su falsa atribución. Nunca sabremos si Sarmiento modificó la

cita y la atribuyó a otro autor intencionalmente, pero sí podemos decir que ese gesto inaugural es el espejo adelantado de la cultura políglota que floreció en Argentina en los años 20 y 30 del siglo recién pasado. Borges, podemos ver, no es un producto aislado ni excéntrico; su labor de traductor cubrió prácticamente toda su carrera, y es el reflejo de la cultura en que vivió.

Para Borges, nos dice Waisman, no hay un concepto total y unívoco de traducción; éste puede ser algo que describe el traslado de una lengua a otra, las versiones literales, la glosa de un texto dentro de una misma lengua, y, lo que es más importante para Borges, la creación de un texto propio a partir de uno ajeno. Traducir es escribir, y escribir es traducir; las “libertades” que un escritor se toma al momento de hacer una versión propia de lo que lee en otro idioma son el fundamento de la (mala) traducción, o traducción “equivocada”. Esto acerca a Borges, según Waisman, a lo que su contemporáneo Walter Benjamin dijo en “La tarea del traductor” (“The task of the Translator”); esa idea, más avanzado el siglo XX, sería tomada por autores como Derrida. En “Las versiones homéricas” Borges no duda en llamar a la actitud de desconfianza ante las traducciones “superstición”, y hasta se burla, sin mencionarlo, del “consabido adagio italiano” (“Traduttore, tradittore”). Tal como los textos propios, una traducción nunca es definitiva, porque “el concepto de texto definitivo no corresponde sino a la religión o al cansancio” (1932, 140). Para ver la centralidad de tal sentencia en la estética borgiana, no tenemos más que recordar el epígrafe con que Borges abre *Discusión*, perteneciente a Alfonso Reyes: “Esto es lo malo de no hacer imprimir las obras: que se va la vida en rehacerlas”. El lema del libro, podríamos decir, encuentra su eco en las reflexiones borgianas sobre la traducción, esto es, proyecta su importancia sobre el más crucial de los problemas literarios.

Waisman comenta, posteriormente, dos importantes aspectos de las actividades del Borges traductor: su versión de la última página del *Ulysses*, de Joyce, y el ensayo “El escritor argentino y la tradición”, su más radical fundamento teórico acerca de la marginalidad periférica del hombre de letras de su país, especie de carta abierta para asumir (esto es: traducir) cualquier tradición europea libremente. Ese texto fue originalmente pronunciado como charla en el Colegio Libre de Estudios Superiores en 1951, e incluido en la segunda entrega de *Discusión* (1957); Borges no dejó de publicar esas páginas en las subsecuentes ediciones de ese conjunto de ensayos, lo que nos da la

sensación de que siempre pertenecieron a ese libro. Waisman no deja de notar esta estrategia de Borges: en un libro cuyas consideraciones sobre la traducción reclaman su libertad y su diálogo polémico con los clásicos, hallamos un texto que aboga por la tradición libremente asumida, por la búsqueda no del localismo estéril sino del universalismo al que los escritores argentinos tienen derecho y del que, después de todo, provienen. El diálogo entre esos dos textos no puede ser más natural, pero fueron escritos con casi dos décadas de diferencia; teniendo este lapso temporal en cuenta, podemos ver cómo Borges, a comienzos de los años treinta, comenzaba a pensar en algo que muchos años después sería fundamento de su estética. Traducir es no sólo escribir y viceversa; traducir es, por sobre todo, dialogar con la literatura con tal de ser “buenos o tolerables escritores” (1974, 274). Todo ello hecho con una actitud clave en la literatura borgiana: la irreverencia, concepto central para Waisman, y que constituye el fundamento de su aproximación a Borges, a la traducción y a la tradición. Podríamos, incluso, modificar el “consabido adagio italiano” que Borges desdeña, y decir: *Traducción: tradición*, siempre y cuando podamos permearlo con el adjetivo *irreverente*, esto es, libre.

El detallado examen comparativo que Waisman hace de la versión borgiana de la última página del *Ulysses* de Joyce, correspondiente al monólogo de Molly Bloom, es algo que, hasta donde yo sé, nunca se había hecho. Con razón dice el crítico que se trata de un “encuentro en los límites de la traducción” (157-201). Borges es, en muchos sentidos, un escritor radicalmente distinto a Joyce, y el hecho de que se aventurara en ese laberinto no deja de ser sorprendente. Borges mantuvo la distancia con respecto a Joyce, pero nunca dejó de reconocer su importancia. Como traductor, nos dice Waisman, Borges creía en las “infidelidades creativas”, y esto se nota con más intensidad en ciertos pasajes del monólogo de Molly Bloom traducido por él. Cito un par de los ejemplos mencionados por Waisman:

Joyce: I love flowers I'd love to have the whole place swimming in roses  
 Borges: soy loca por las flores yo tendría nadando en rosas toda la casa

Joyce: wouldnt give a snap of my two fingers  
 Borges: me importa un pito

Joyce: and why why  
 Borges: y a qué santos

Joyce: so there you are  
Borges: están embromados

(166)

Bien pensado, el abordaje de Borges a esta obra capital de las letras del siglo XX, a pesar de las diferencias y de la distancia que sentía por su autor, no es extraño: el argentino, habitante de la periferia irreverente, lee al irlandés, habitante de la periferia del imperio británico, autodesterrado en el continente europeo, políglota él mismo. Borges, cuyo amor por las letras inglesas es por todos conocido, visitó una muestra de irreverente periferia en la lengua de uno de sus antepasados.

Waisman concluye subrayando que un entendimiento de la obra de Borges nunca podrá ser completo si su oficio de traductor no se toma en cuenta. Ello, además, posee consecuencias que van más allá de este autor, y se extienden a toda la literatura argentina. No es casual, de este modo, que Waisman termine su libro con un apéndice sobre Ricardo Piglia, el novelista argentino que quizás con mayor ahínco ha subrayado la importancia de la traducción no sólo para Borges, sino para todo el cuerpo de la literatura argentina. Y para mayores luces al respecto: Waisman es uno de los más reconocidos traductores de Piglia al inglés. El círculo, como podemos ver, se cierra: Borges traductor es leído por Waisman, traductor de Piglia, lector de Borges bajo la luz de sus teorías sobre la traducción. Muchas veces se ha citado la anécdota de Borges leyendo el *Quijote* por primera vez en inglés, y luego leyéndolo en español pensando que era una mala traducción. Más allá de la veracidad de la anécdota (puesta eficazmente en duda por Rodríguez Monegal), creo que ella ilustra muy bien la irreverencia borgiana; el permanente traductor que vivía en Borges esbozó esa anécdota haciéndole, tal vez, un guiño al origen mismo de la obra cervantina; recordemos que el *Quijote* es, de acuerdo al juego cervantino, una traducción del árabe, y que su autor original era Cide Hamete Benengeli. Todo ello lo sabemos a partir del capítulo 9 de la primera parte del libro, justo cuando nos encontramos con la famosa sentencia sobre la historia, pasaje que, precisamente, Pierre Menard, el poeta simbolista francés nacido de la pluma de Borges, “rescribió” a comienzos del siglo XX. Podríamos seguir con el juego de referencias, claro, y ser nosotros mismos personajes *borgijoyceanos* de nuestro propio laberinto de traducciones y citas.

Sergio Waisman parece ser el crítico ideal para la tarea que hemos descrito aquí de forma muy somera. Nacido en Nueva York de padres argentinos, su vida intelectual y afectiva ha estado entre el castellano y el inglés. No puedo dejar de pensar que la trayectoria que él describe en su libro es, de muchas maneras, un recorrido por su propia experiencia. La irreverencia de Borges, así como la de Joyce y la de Piglia, le han dado forma a su aproximación al oficio de traductor, del que él mismo es un practicante y sobre el cual reflexiona en su libro con gran propiedad. Para Waisman, traducir no es sólo escribir ni escribir es sólo traducir; es, por sobre todo, una manera de vivir.

### Bibliografía

Borges, Jorge Luis: *Obras completas, I*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1974  
\_\_\_\_\_: *Discusión*. Buenos Aires: M. Gleizer Editor, 1932.

Waisman, Sergio: *Borges and Translation. The irreverence of the Periphery*. Lewisburg: Bucknel UP, 2005.